

Comentario de texto

Las mujeres no llevaban medias. Sus rodillas anchas, abultadas, pulposas, subrayadas por el elástico de los calcetines, asomaban de vez en cuando bajo el borde de sus vestidos, que no eran vestidos, sino una especie de fundas de tela liviana, sin forma y sin solapas, a las que yo no sabía cómo llamar. Por eso me fijé en ellas, plantadas como árboles chatos en la descuidada hierba del cementerio, sin medias, sin botas, sin más abrigo que una chaqueta de lana gruesa que mantenían sujeta sobre el pecho con sus brazos cruzados.

Los hombres tampoco llevaban abrigo, pero se habían abrochado las chaquetas, también de punto y gruesas, más oscuras, para esconder las manos en los bolsillos de los pantalones. Se parecían entre sí tanto como las mujeres. Todos tenían la camisa abotonada hasta el cuello, la barba dura, recién afeitada, y el pelo muy corto. Algunos usaban boina, otros no, pero su postura era la misma, las piernas separadas, la cabeza muy tiesa, los pies firmes en el suelo, árboles como ellas, cortos y macizos, capaces de aguantar calamidades, muy viejos y muy fuertes a la vez.

Mi padre también despreciaba el frío, y a los frioleros. Lo recordé en aquel momento, mientras el viento helado de la sierra, un poco de aire habría dicho él, me cortaba la cara con un cuchillo horizontal, afiladísimo. A principios de marzo el sol sabe engañar, fingirse más maduro, más caliente en las últimas mañanas del invierno, cuando el cielo parece una fotografía de sí mismo, un azul tan intenso como si un niño pequeño lo hubiera retocado con un lápiz de cera, el cielo ideal, limpio, profundo, transparente, las montañas al fondo, los picos aún enojados de nieve y algunas nubes pálidas deshilachándose muy despacio, para afirmar con su indolencia la perfección de un espejismo de la primavera. Qué buen día hace, habría dicho mi padre, pero yo tenía frío, el viento helado me cortaba la cara y la humedad del suelo traspasaba la suela de mis botas, la lana de mis calcetines, la frágil barrera de la piel, para congelar los huesos de mis dedos, mis plantas, mis tobillos. Tendríais que haber estado en Rusia, en Polonia, nos decía él cuando éramos pequeños y nos quejábamos

del frío que hacía en su pueblo en mañanas como esta, esos domingos de invierno en los que el cielo más bello del mundo elige amanecer en Madrid. Tendríais que haber estado en Rusia, en Polonia, lo recordé entonces, mientras contemplaba el desprecio del frío en la firmeza de aquellos hombres a los que él podría haberse parecido, tendríais que haber estado en Rusia, en Polonia, y la voz de mi madre, Julio, por favor, no le digas esas cosas a los niños...

—¿Estás bien, Álvaro?

Escuché primero la voz de mi mujer, luego sentí la presión de sus dedos, el tacto de una mano que buscaba la mía dentro del bolsillo del abrigo. Mai me miraba con los ojos muy abiertos y una sonrisa indecisa, la expresión de una persona inteligente que sabe que nunca encontrará la manera de consolar a nadie frente a la devastadora hazaña de la muerte. Tenía la punta de la nariz colorada, y su pelo castaño, de costumbre liso, apacible, batía sobre su cara como si el viento lo hubiera vuelto loco.

—Sí —le confirmé enseguida—, estoy bien.

Luego apreté sus dedos con los míos hasta que volvió a dejarme solo sin apartarse un centímetro de mi lado.

No existe consuelo frente a la muerte, pero a él le habría gustado que le enterraran en una mañana como esta, tan parecida a aquellas que escogía para montarnos a todos en el coche y llevarnos a Torrelodones a comer. Qué buen día hace, mirad ese cielo, qué limpia está la sierra, se ve hasta Navacerrada, qué mañana tan buena, este aire revive a un muerto, qué suerte hemos tenido... A mi madre, aunque de pequeña hubiera veraneado en aquel pueblo, aunque hubiera conocido a su marido allí, no le gustaban esas excursiones. A mí tampoco, pero a todos nos gustaba él, su fuerza, su entusiasmo, su alegría, y por eso sonreíamos y hasta cantábamos por el camino, ahora que vamos despacio vamos a contar mentiras, tralará, hasta que llegábamos a Torrelodones [...].

Almudena Grandes, *El corazón helado*, Tusquets.

■ Comenta el texto

- 1 ¿Dónde tiene lugar la acción del texto?
- 2 ¿En qué época del año?
- 3 ¿A quién se está enterrando?
- 4 ¿A quiénes se describe en el fragmento?
- 5 ¿Qué otros personajes se encuentran en ese mismo lugar?
- 6 ¿Cómo se conocieron los padres del personaje narrador?

■ Análisis de contenido y tema

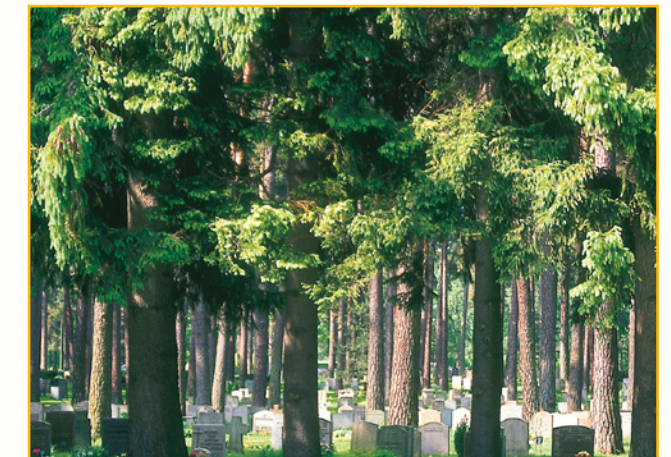
- 7 El fragmento que acabas de leer es el comienzo de la novela.
 - a) ¿Qué destaca en la descripción de las mujeres? ¿Y en la de los hombres?
 - b) Se describe a los dos grupos en dos párrafos diferentes. ¿Tiene este hecho algo que ver con alguna tradición? Justifica tu respuesta.
 - c) ¿Crees que los hombres y las mujeres constituyen un fondo paisajístico? ¿Por qué?
 - d) ¿Qué relación guardan estos dos primeros párrafos con el resto del fragmento?
- 8 ¿Qué hace que percibamos al narrador diferente del resto de los presentes?
- 9 ¿Cómo es la personalidad del padre?
- 10 Según lo que has leído, indica algún rasgo de la relación familiar.
- 11 Explica estas palabras del texto «el cielo parece una fotografía de sí mismo».
- 12 Enuncia el tema del fragmento.

■ Análisis de la estructura

- 13 Divide el fragmento atendiendo a los tipos de discurso que contiene.

■ Análisis del lenguaje

- 14 Localiza en el texto ejemplos de las figuras estilísticas siguientes: comparación, metáfora y personificación.
- 15 ¿Qué función tienen las repeticiones («Que buen día hace», «Tendríais que haber estado...») en el fragmento?
- 16 En el tercer párrafo el uso de los posesivos adquiere un gran protagonismo. Explícalo.
- 17 La falta de puntuación (comillas) en el tercer párrafo, ¿qué efecto consigue?



■ Redacción del comentario

- 18 Después de realizar las actividades, redacta el comentario. Para ello, puedes seguir estos pasos:
 - Presenta a la autora y su obra.
 - A continuación, expón de forma clara y ordenada los datos que has obtenido del análisis del texto.
 - Finaliza el comentario con una opinión personal argumentada. Para ello, puedes plantearte las cuestiones siguientes: ¿Consigue la autora reflejar una situación inicial con este comienzo? ¿Proporciona este inicio una imagen visual? ¿Se puede ver en este comienzo la imagen estática de una fotografía o de un cuadro?